

Kant y la construcción del significado: Una revisión de la relación entre lenguaje, significado y comprensión

Lauro Gutiérrez Castro ¹

¹ Comunidad Terapéutica *Under The Tree*

Jalisco, México

E-mail: saraqael_sefer@hotmail.com

Resumen: El estudio propuesto aborda la relación entre el lenguaje, el significado y la comprensión en la obra de Immanuel Kant. Actualmente, este tema ha ganado relevancia debido a los desarrollos en la filosofía del lenguaje, la semántica y la psicología cognitiva, donde las ideas kantianas ofrecen un marco fundamental para comprender cómo el sujeto organiza su experiencia y construye significado. La filosofía crítica de Kant no solo influye en la epistemología, sino también en las formas en que concebimos la estructura del lenguaje y su papel en la constitución del conocimiento. Por ello, es crucial realizar un análisis que recorra las contribuciones kantianas en torno a estos conceptos, dado que filósofos contemporáneos han elaborado, a partir de estas ideas, sus propias teorías.

El argumento central del estudio se basa en la concepción kantiana de que espacio y tiempo son formas *a priori* de la intuición sensible, lo que implica que las percepciones y, por extensión, el lenguaje, se organizan bajo estas condiciones trascendentales. A partir de esto, Kant introduce la *síntesis trascendental*, un proceso mediante el cual la mente organiza las percepciones en una unidad coherente, afectando también la construcción del significado lingüístico. De este modo, el lenguaje no es una simple representación del mundo externo, sino una proyección activa de la mente que organiza y da coherencia a la experiencia.

El estudio argumenta que la filosofía de Kant nos invita a reconsiderar el lenguaje como una manifestación de las estructuras trascendentales que conforman la experiencia humana, sin llegar a ser la causa de la existencia en sí misma. Para Kant, el concepto es una representación mediada

que organiza los objetos en la experiencia bajo categorías trascendentales. A través de esta mediación, el lenguaje refleja las condiciones que hacen posible la experiencia fenoménica, sin construir la realidad en sí misma. Aunque Kant no resuelve de forma definitiva la cuestión del significado lingüístico, su obra establece las bases para comprender la relación entre pensamiento, lenguaje y realidad, abriendo espacio para futuras investigaciones sobre cómo se construye y comparte el significado en contextos intersubjetivos.

Palabras clave: Síntesis trascendental, formas *a priori*, epistemología, percepción, construcción del significado, filosofía del lenguaje.

Abstract: The proposed study addresses the relationship between language, meaning, and understanding in the work of Immanuel Kant. Currently, this topic has gained relevance due to developments in philosophy of language, semantics, and cognitive psychology, where Kantian ideas offer a fundamental framework for understanding how the subject organizes experience and constructs meaning. Kant's critical philosophy not only influences epistemology but also the ways we conceive the structure of language and its role in the constitution of knowledge. Therefore, it is essential to undertake an analysis that explores Kantian contributions to these concepts, as contemporary philosophers have built upon these ideas to develop their own theories.

The central argument of the study is based on Kant's conception that space and time are *a priori* forms of sensible intuition, which implies that perceptions, and by extension, language, are organized under these transcendental conditions. From this basis, Kant introduces transcendental synthesis, a process through which the mind organizes perceptions into a coherent unity, thereby influencing the construction of linguistic meaning. In this sense, language is not merely a representation of the external world but an active projection of the mind that organizes and gives coherence to experience.

The study argues that Kant's philosophy invites us to reconsider language as a manifestation of the transcendental structures that shape human experience, without being the cause of existence itself. For Kant, the concept is a mediated representation that organizes objects in experience under transcendental categories. Through this mediation, language reflects the conditions that make phenomenal experience possible, without constructing reality itself. Although Kant does not definitively resolve the issue of linguistic meaning, his work establishes the groundwork for understanding the relationship between thought, language, and reality, opening up space for future inquiries into how meaning is constructed and shared in intersubjective contexts.

Keywords: Transcendental synthesis, *a priori* forms, epistemology, perception, meaning construction, philosophy of language.

Introducción

La relación entre el lenguaje, el significado y la comprensión ha sido un tema central en la filosofía contemporánea, con un énfasis destacado en el ámbito de la semántica cognitiva y la filosofía del lenguaje. No obstante, para abordar este problema de manera integral, es decir, cómo el lenguaje influye en la construcción de la percepción que se tiene del mundo, resulta necesario retroceder y examinar ciertos fundamentos establecidos en obras anteriores, que han sido adoptados y desarrollados por filósofos contemporáneos para estructurar sus propias teorías. Este trabajo, propone explorar algunos de los principios fundamentales de *Crítica de la razón pura* (1781) de Immanuel Kant, donde se puede identificar una concepción del significado a través del análisis de los *conceptos*.

En la filosofía crítica de Kant, el término de *significado* (*Bedeutung*) no se estudia de manera explícita y tampoco se aborda de forma sistemática como objeto de estudio autónomo. No obstante, su relación con el término *concepto* permite explorar cómo se estructura el conocimiento desde su filosofía. Para Kant, el término *concepto*, es una representación mediada que organiza los objetos de la experiencia mediante las categorías trascendentales, las cuales constituyen las condiciones de posibilidad para cualquier conocimiento. En este sentido, el significado podría interpretarse como un elemento de la estructura, donde el lenguaje actúa como una extensión de las representaciones conceptuales, proyectando las estructuras trascendentales en la experiencia.

A diferencia de otras cuestiones fundamentales que Kant aborda sistemáticamente, no se encuentra en su obra una teoría del significado tratada como un tema independiente. En Kant, el *concepto* actúa como una base implícita para una teoría del significado, pues establece cómo la mente humana organiza y comprende la realidad a partir de categorías trascendentales que estructuran la experiencia. Los *conceptos* son representaciones mediadas que permiten pensar y clasificar objetos en la experiencia sensible, otorgando coherencia y estructura a la realidad percibida. Desde esta perspectiva, el lenguaje podría concebirse como una expresión de estas categorías: un vehículo por el cual los *conceptos* y las categorías organizan y proyectan significados.

Este enfoque kantiano ofrece una base conceptual sólida que permite abordar cómo el lenguaje y el significado se interrelacionan con las condiciones de posibilidad del conocimiento humano. En consecuencia, los estudios de Kant sobre los *conceptos* y la síntesis trascendental han influido en desarrollos filosóficos posteriores en el ámbito de la filosofía del lenguaje y la semántica, proporcionando una estructura conceptual que otros pensadores han expandido o cuestionado al abordar problemas de significado y comprensión. De esta manera, Kant introduce el problema del

significado y establece una base conceptual desde la cual se podría construir una teoría del lenguaje en relación con el conocimiento y la realidad.

Si bien Kant no presenta una teoría del lenguaje plenamente desarrollada, sus análisis sobre las condiciones de posibilidad del conocimiento constituyen una base fundamental para entender de qué manera los *conceptos* y categorías estructuran la comprensión y generan significado. Esta estructura ha influido decisivamente en el pensamiento posterior, donde se considera al lenguaje como un mediador entre experiencia y entendimiento. Por lo tanto, en su filosofía teórica y práctica, las elaboraciones kantianas sugieren que el lenguaje puede integrarse en un marco trascendental, lo cual abre caminos para investigar el rol del lenguaje en la forma en que se estructura y expresa activamente la percepción humana.

La *revolución copernicana* que introduce Kant cambia de manera fundamental la concepción del sujeto, situándolo como el agente principal de la construcción de la realidad. Según su idealismo trascendental, no es el mundo exterior el que impone su estructura sobre la mente, sino que es esta la que, mediante sus estructuras cognitivas, configura la realidad y le da una forma concreta en la percepción y la experiencia (Peláez Cedres, 2009). Este proceso se lleva a cabo a través de las intuiciones puras (espacio y tiempo) y las categorías del entendimiento. Las intuiciones puras, como formas *a priori* de la percepción, pertenecen a la constitución interna del sujeto y permiten que las intenciones sensibles (*Anschauungen*) adquieran una estructura coherente y ordenada. Por otro lado, las categorías del entendimiento, son conceptos *a priori* que determinan las condiciones de posibilidad de un objeto en general, permiten que estas impresiones sensibles, ya organizadas por las intuiciones se articulen como conceptos coherentes. Las formas *a priori* (espacio y tiempo) organizan la experiencia sensible, mientras que las categorías conceptualizan dicha experiencia. Así, el sujeto contribuye de manera activa a la construcción de la percepción del objeto conocido, desafiando la visión tradicional que considera al objeto como el determinante exclusivo del conocimiento. Esta reconfiguración implica que el conocimiento es una síntesis activa entre lo que el sujeto aporta a través de sus formas *a priori* y sus categorías, y lo que se presenta en la experiencia.

El desafío surge al considerar cómo estas estructuras trascendentales, esenciales para la organización del conocimiento, pueden aplicarse al lenguaje y al proceso de significación. Si el conocimiento se origina en la estructura mental del sujeto, entonces el lenguaje, como medio de articulación y comunicación de este conocimiento, también debería estar sujeto a las mismas condiciones trascendentales. Aquí se plantean preguntas cruciales: ¿Cómo intervienen las intuiciones puras y las categorías del entendimiento en la estructura del lenguaje? ¿De qué manera contribuyen al proceso por el cual el lenguaje genera y transmite significado? ¿Cómo puede integrarse el marco kantiano, concebido originalmente para explicar la estructura del

conocimiento, en una teoría que explique el lenguaje como fenómeno mediador entre la experiencia y el entendimiento?

Este problema no es trivial. La estructura trascendental kantiana, que organiza tanto la sensibilidad como el entendimiento, parece sugerir que el lenguaje no es meramente un instrumento descriptivo del mundo externo, sino un fenómeno que comparte las mismas condiciones formales que hacen posible toda experiencia. Al igual que el espacio, el tiempo y las categorías son condiciones previas para que podamos experimentar el mundo, es plausible pensar que el lenguaje, en su función mediadora, también responde a estas mismas exigencias trascendentales.

Así, el lenguaje podría entenderse como una extensión de las categorías del entendimiento y las intuiciones puras. Este enfoque sugiere que las estructuras *a priori* de la mente no solo limitan y configuran la percepción del mundo, también participan de manera activa en la organización del lenguaje utilizado para comunicar las experiencias. En este sentido, esta articulación de *conceptos* no sólo se limita a una organización interna de la mente; al mismo tiempo se refleja en los usos sociales del lenguaje, que, al integrarse en diversos contextos validan y consolidan su sentido. Se podría pensar que estas categorías kantianas actúan como un *marco descriptivo* en el cual se construyen significados lingüísticos específicos. Al mismo tiempo que el sentido de estos significados se completa y verifica en el uso práctico del lenguaje en contextos sociales, subrayando que el lenguaje no solo organiza, sino que también fundamenta las interacciones significativas con el mundo. Esto lleva a considerar que el lenguaje tiene una función activa, modelando y organizando las percepciones y, por ende, la comprensión de la realidad. Por ejemplo, si las categorías de cantidad, cualidad, relación y modalidad organizan la manera en que se experimenta el mundo, estas mismas categorías podrían estar funcionando como principios estructurales en la construcción de oraciones y significados en el lenguaje.

La relación entre el lenguaje y las estructuras *a priori* se vuelve aún más compleja cuando se considera el papel de la práctica y la acción. El lenguaje no se limita a ser un medio pasivo que refleja las experiencias internas del sujeto; también juega un papel activo en la formación de esas experiencias. En este sentido, el lenguaje puede ser entendido como un sistema de signos que no solo designa objetos o experiencias, sino que también permite la creación de nuevas formas de comprensión y acción.

Este fenómeno se puede comprender desde una perspectiva en la que el lenguaje opera como un mediador dinámico entre el sujeto y el mundo, integrando formas de comprensión que no solo representan, sino que estructuran activamente la experiencia. Desde el concepto *de juegos del lenguaje* de Wittgenstein (1953/2017), el significado se desentraña en la práctica social y los contextos donde se aplica el lenguaje, reflejando un entramado de reglas que estructuran la interacción humana y, con ella, la percepción del mundo. De esta manera se podría señalar cómo

el uso del lenguaje moldea la comprensión de la realidad, integrando implícitamente las categorías que Kant denomina como condiciones *a priori*. En una línea similar, John L. Austin (2018) y John R. Searle (2017) muestran cómo los actos del habla no solo comunican, sino que ejercen acciones, subrayando la capacidad del lenguaje para construir la realidad. Así, el lenguaje deviene en un espacio de juego entre lo social y lo individual, donde las estructuras previas de la comprensión se reflejan en la acción lingüística y operan de manera táctica en la configuración de la realidad percibida y compartida.

La aplicación del marco kantiano al estudio del lenguaje revela un horizonte complejo en el que las formas *a priori* de la sensibilidad y las categorías del entendimiento no solo organizan la experiencia sensible, sino que también pueden estructurar los procesos de significación. De este modo, el lenguaje se convierte en una extensión del aparato trascendental kantiano, planteando nuevas preguntas sobre cómo las condiciones que posibilitan el conocimiento median la comunicación y el entendimiento intersubjetivo.

El lenguaje como tal no se trata de manera directa y organizada en la obra de Kant, pero los *conceptos*, en cambio, sí tienen un rol esencial en su filosofía crítica, especialmente en la *Crítica de la razón pura* (1781/2006). En esta obra, Kant no desarrolla una teoría explícita del lenguaje, pero su tratamiento de los *conceptos* y del significado muestran que, en su esquema trascendental, el conocimiento es posible a través de la síntesis entre lo dado (la experiencia) y las formas *a priori* que lo organizan (las categorías del entendimiento). Los *conceptos*, en este contexto, son determinantes en la manera en que el sujeto estructura la experiencia, y aunque Kant no usa el término *lenguaje* como eje central, su teoría del conocimiento ofrece una base fundamental para interpretar el papel que el lenguaje podría tener en la articulación de estos *conceptos*.

Este enfoque permite ver que Kant no guarda un silencio absoluto sobre cuestiones relacionadas con el significado; más bien, su filosofía sugiere una conexión intrínseca entre los *conceptos*, el significado y las categorías del entendimiento. Los pasajes en los que Kant sí se refiere al significado, aunque no directamente referidos al *lenguaje*, proporcionan una comprensión crítica-trascendental de cómo los *conceptos* funcionan como vehículos de sentido, enmarcados en la *Analítica Trascendental* (Leserre, 2017) y orientados por el mismo dualismo entre intuición sensible y categorías. Esta relación entre la experiencia y las categorías plantea desafíos, pero también abre posibilidades para interpretar cómo el lenguaje podría participar en la estructura del conocimiento dentro del marco kantiano.

De este modo, el lenguaje parece operar en dos niveles simultáneos: como una herramienta de mediación empírica que conecta con el mundo y como una expresión de las categorías cognitivas que organizan esa experiencia. Sin embargo, no solo actúa como un reflejo pasivo de la experiencia,

sino que también desempeña un papel activo en la praxis (Kant, 1798/2010). De este modo, se puede afirmar que el lenguaje, como facultad específica, no se limita a describir el mundo tal como se experimenta, sino que está intrínsecamente ligado a las estructuras *a priori*, lo que permite la anticipación y organización de la experiencia futura. En este sentido, el lenguaje no se limita a reflejar el mundo, sino que configura y proyecta acciones en función de las categorías del entendimiento, facilitando así una proyección temporal y estratégica de la acción. Esta capacidad de designación permite operar con signos, caracterizándose como una forma de praxis en la que el uso de signos corresponde a la estructura temporal de la acción. Más allá de su función descriptiva, el lenguaje juega un papel activo en la praxis humana, al estructurar la realidad mediante la facultad de designación. Sin embargo, surge un interrogante fundamental: si las formas del entendimiento organizan la experiencia, ¿cómo interactúan estas estructuras *a priori* con el lenguaje en el proceso de significación y comprensión? Este punto de tensión es crucial para una reevaluación del marco trascendental de Kant en relación con el lenguaje, sugiriendo que el lenguaje no solo refleja la estructura cognitiva del sujeto, sino que podría influir activamente en la construcción de la realidad y el significado. El lenguaje no solo desempeña un papel en la construcción de significados, sino que también es clave para la capacidad humana de proyectar y estructurar la realidad a través de la acción. Esta facultad de designación, que permite que se opere con signos, se caracteriza desde un enfoque práctico en el cual el uso de signos sigue la lógica temporal de las acciones. Así, el lenguaje se comprende no solo como una representación, sino como un elemento fundamental que configura y proyecta el curso de las acciones, enraizado en las condiciones trascendentales que posibilitan la experiencia. Al postular las categorías del entendimiento como estructuras que organizan la percepción sensible, Kant va a establecer una base donde la actividad sintética del entendimiento no se agota en la representación, sino que también permite la articulación y proyección de significados en la práctica. De esta manera, el lenguaje opera en la praxis como una extensión de esa síntesis, configurando el mundo en términos comprensibles y compatibles, lo cual dota a las acciones de coherencia temporal y secuencia lógica.

El lenguaje, por tanto, funciona como una herramienta que, en lugar de simplemente reflejar el mundo, interviene activamente en su estructuración. Al permitir que los sujetos utilicen signos que responden a las categorías, el lenguaje se convierte en un mecanismo organizador que proyecta significados en la realidad práctica, reflejando y sustentando la continuidad que las categorías kantianas imprimen sobre la experiencia. De este modo, el lenguaje cumple una función trascendental, orientando el curso de las acciones dentro del marco de condiciones identificadas como fundamentales para la posibilidad del conocimiento y experiencia humana: las formas puras de intuición (espacio y tiempo) y las categorías del entendimiento (cantidad, cualidad, relación y modalidad).

Así, el lenguaje va más allá de su función descriptiva y asume un papel activo en la praxis humana, estructurando la realidad a través de la facultad de designación y su inscripción en la temporalidad de la acción. Sin embargo, esta capacidad de anticipar y organizar el mundo mediante signos plantea un interrogante fundamental dentro del pensamiento kantiano: si las formas del entendimiento son las que organizan la experiencia, surge la pregunta de cómo estas estructuras *a priori* interactúan con el lenguaje en el proceso de significación y comprensión. Este punto de tensión es crucial para una reevaluación crítica del marco trascendental de Kant (1781/2006) en relación con el lenguaje, pues sugiere que el lenguaje no solo refleja la estructura cognitiva del sujeto, sino que también podría influir activamente en la construcción de la realidad y el significado. Esto lleva a la cuestión siguiente: ¿Es el lenguaje un mero reflejo de estas categorías cognitivas, o tiene una función más activa en la configuración de la realidad tal como se presenta al sujeto? Dado que el ser humano es, por naturaleza, un ser de comunicación, su desarrollo y existencia están intrínsecamente ligados a un entorno social específico. En este contexto, surge la imperiosa necesidad de comprender cómo adquiere conocimiento, entendiendo que el lenguaje juega un papel fundamental en ese *cómo* (Vivas Herrera, 2016). El lenguaje no solo es el medio a través del cual el ser humano interactúa con el mundo y los demás, sino también la estructura mediante la cual organiza, articula y hace inteligible su experiencia, lo que subraya su rol central en el proceso de conocer y construir significado. Esta concepción del lenguaje como elemento estructurador del conocimiento está relacionada con las investigaciones de Saussure, quien considera el lenguaje como una "facultad de construir una lengua, es decir un sistema de signos distintos que corresponden a ideas distintas" (Saussure, 1916/1998: 36), destacando su carácter único como propiedad de la especie humana. Desde esta perspectiva, el lenguaje no es únicamente un instrumento de comunicación, sino también una facultad esencial para la organización cognitiva y social del ser humano. La capacidad de operar con signos se manifiesta de diversas maneras, siendo el lenguaje una de sus expresiones más fundamentales (Leserre, 2019). Esta relación entre lenguaje y pensamiento queda claramente expresada en la afirmación siguiente: "toda lengua es designación de los pensamientos, e inversamente, la manera óptima de denominar los pensamientos es mediante el lenguaje" (Kant, 1798/2010: 127) lo que subraya su papel como el medio primordial tanto para la comprensión personal como para la comunicación con los demás.

Desde esta perspectiva, tanto Saussure como Kant, aunque desde enfoques diferentes, coinciden en un punto crucial: el lenguaje no es simplemente un vehículo de intercambio, sino una facultad estructuradora esencial del conocimiento y la experiencia. Mientras que Saussure enfatiza el carácter social y estructural del lenguaje como una facultad que es específica de la especie humana (Arrivé, 2017), Kant, a través de su idealismo trascendental, establece los fundamentos necesarios para comprender cómo las estructuras *a priori* de la mente —el espacio, el tiempo y las categorías

del entendimiento¹ — son las condiciones trascendentales que organizan y estructuran la realidad tal como es percibida por el sujeto. Estas formas *a priori* no solo determinan cómo se experimenta el mundo sensible, sino que también configuran las condiciones mismas bajo las cuales es posible cualquier conocimiento, al mediar entre lo dado y lo inteligible (Kant, 1781/2006). La convergencia entre ambos enfoques indica que el lenguaje, lejos de ser un mero reflejo pasivo de las estructuras cognitivas, ejerce una función activa en la configuración de la realidad tal como es percibida y comprendida por el sujeto.

En este sentido, resulta fundamental vincular las estructuras trascendentales kantianas con el análisis del lenguaje. Esto permite examinar cómo el lenguaje no solo refleja la organización del conocimiento según las categorías cognitivas, sino también cómo participa en la construcción activa del significado. En el marco de la filosofía kantiana, el lenguaje no se va a limitar a ser una herramienta pasiva que se utiliza para describir el mundo; sino que es un mediador esencial en la experiencia, un modo de articular y organizar lo dado a través de las formas *a priori*. Al considerar cómo el lenguaje articula las categorías trascendentales con los procesos lingüísticos, se abre un campo de estudio que permite explorar la manera en que el lenguaje no solo comunica, sino también condiciona y estructura la experiencia del mundo.

Este enfoque invita a una reevaluación del papel del lenguaje en la formación del conocimiento humano, planteando cómo interviene en la comprensión y la comunicación intersubjetiva, y sugiriendo nuevas posibilidades para analizar su función dentro del marco filosófico planteado por Kant. La interacción entre las estructuras trascendentales y el lenguaje revela que este último no es simplemente un reflejo pasivo de la mente, sino una extensión activa de los principios que hacen posible la formación del conocimiento, la realidad y la comunicación. Estas estructuras, que

¹ En la filosofía kantiana, el espacio y el tiempo no tienen existencia ontológica independiente, sino que representan configuraciones inherentes al aparato cognitivo del sujeto, posibilitando la intuición sensible, funcionando como marcos universales y necesarios en los que se sitúan y organizan los fenómenos. Estas formas operan en interacción con las categorías del entendimiento —conceptos puros como causalidad, sustancia y unidad—, principios trascendentales que sintetizan y estructuran las representaciones fenoménicas bajo reglas que unifican una pluralidad temporal de intuiciones en una representación coherente. Esta cooperación entre las formas *a priori* y las categorías es lo que hace posible la construcción de un conocimiento. De este modo, lo que el sujeto percibe no es el *noúmeno*, o la cosa en sí misma, sino el fenómeno, es decir, la realidad tal como es configurada y estructurada por estas condiciones trascendentales de la cognición (Nakano, 2008).

Para Kant, el concepto de un objeto no es una entidad fija, sino una función de síntesis operada por el entendimiento según las reglas de las categorías. Este proceso de síntesis objetiva no solo organiza las intuiciones en el espacio y el tiempo, sino que también constituye la base para la conciencia de la identidad del sujeto. Según Kant, dicha conciencia sería impensable sin la mediación de las categorías que, al actuar sobre las intuiciones, garantizan su coherencia bajo una unidad trascendental de apercepción. En este sentido, la aplicación de las categorías a la experiencia no es contingente, sino una condición necesaria para la posibilidad del conocimiento y para que el sujeto pueda reconocerse como él mismo ante la multiplicidad de lo dado en la intuición (Stepanenko, 2008: 166-167).

organizan la percepción y comprensión del mundo, permiten que el lenguaje no solo articule y medie la experiencia, sino que también juegue un papel clave en otorgar coherencia y significado a la realidad compartida.

La interacción entre las estructuras trascendentales y el lenguaje revela que este último no es simplemente un reflejo pasivo de la mente, sino una extensión activa de los principios que hacen posible la formación del conocimiento, la realidad y la comunicación. Estas estructuras, que organizan la percepción y comprensión del mundo, permiten que el lenguaje no solo articule y medie la experiencia, sino que también juegue un papel clave en otorgar coherencia y significado a la realidad compartida. En este sentido, el análisis cobra aún más relevancia al situarlo en el contexto de los desarrollos filosóficos de los siglos XX y XXI, donde pensadores como Ernst Cassirer, Ludwig Wittgenstein y Jürgen Habermas han retomado y reformulado las ideas kantianas.

Cassirer (1923/2016), en su obra *Filosofía de las formas simbólicas*, aborda el lenguaje desde una perspectiva neokantiana, considerándolo una de las manifestaciones simbólicas fundamentales a través de las cuales se configura la realidad. Para Cassirer, el lenguaje no solo actúa como un vehículo de comunicación, sino que desempeña un papel crucial en la construcción y organización de la experiencia del mundo. Esta concepción resalta cómo los símbolos, en general, y el lenguaje, en particular, son esenciales para la interpretación y comprensión de la realidad, evidenciando la interrelación entre pensamiento, cultura y el entorno que rodea a los sujetos.

Wittgenstein, a lo largo de sus obras fundamentales, como las *Investigaciones Filosóficas* (1953/2017) y el *Zettel* (1967/1979), explora en profundidad la relación entre lenguaje, significado y uso, desafiando la noción kantiana de las categorías fijas del entendimiento. A diferencia de Kant, quien plantea que el conocimiento se estructura a partir de categorías *a priori* inmutables, Wittgenstein sugiere que el significado no reside en estructuras fijas, Wittgenstein sostiene que el significado no surge de una correspondencia fija entre palabras y objetos o de estructuras cognitivas inmutables, sino que emerge del uso práctico del lenguaje en contextos específicos, una idea que él denomina *juegos del lenguaje*. Estos *juegos* representan las diversas formas en que el lenguaje se utiliza en diferentes situaciones cotidianas, donde el contexto determina el significado. En sustancia, esto implica que lo fundamental en el lenguaje no es la significación en abstracto o las reglas rígidas para asignar significado a los términos, sino el uso que se le da en las prácticas concretas de comunicación (García, 2021). El valor de las palabras se construye y modifica en función de los fines y actividades humanas, mostrando cómo el lenguaje es un fenómeno dinámico y dependiente de las interacciones sociales, en lugar de una estructura fija o predeterminada. Al proponer este enfoque más flexible y dinámico, Wittgenstein abre un

nuevo horizonte para comprender la comunicación, enfatizando la fluidez del significado y su dependencia de la interacción social, en lugar de cualquier marco categorial rígido.

A través de su teoría de la acción comunicativa Habermas (1995; 2008; 2023), a su vez, va a identificar en la obra de Kant un fundamento crucial para su propio análisis de la racionalidad y el lenguaje. Esta conexión le permitirá el desarrollo de una concepción del lenguaje que no solo actúa como un medio de intercambio, sino como un elemento esencial en la construcción de la comprensión mutua y el consenso en la comunicación. Al integrar la noción kantiana de la racionalidad con la práctica comunicativa, Habermas va a enfatizar cómo el lenguaje no solo transmite información, sino que también crea las condiciones para la deliberación y el entendimiento, jugando un papel vital en la creación de un espacio deliberativo donde los individuos pueden intercambiar ideas, negociar significados y alcanzar acuerdos, resaltando su papel fundamental en la constitución de una sociedad democrática y participativa. De este modo, el lenguaje se convierte en un instrumento que no solo informa, sino que también facilita el entendimiento profundo y cooperativo entre los participantes en un diálogo. Así, su enfoque complementa las visiones de Cassirer y Wittgenstein, creando un marco más amplio para entender la función del lenguaje en la experiencia humana y su impacto en la construcción del conocimiento y la realidad.

Este diálogo con pensadores contemporáneos enriquece y problematiza el papel del lenguaje en la construcción del conocimiento y la realidad, permitiendo una reflexión más profunda sobre las implicaciones de la obra de Kant en la filosofía del lenguaje. Al situar la concepción kantiana del significado en esta red de relaciones filosóficas, se abre un nuevo horizonte de investigación que puede contribuir a un entendimiento más completo de la intersección entre el lenguaje, el conocimiento y la acción en el pensamiento humano.

Kant y la construcción activa del significado

La concepción kantiana de la razón pura sigue la tradición filosófica originada en Grecia, donde el ser humano es entendido como un ser racional, aunque finito, que no siempre actúa conforme a la razón, cuya acción ideal debería estar siempre en conformidad con la razón. Este énfasis en la racionalidad, aunque limitado por las restricciones de la existencia humana finita, refleja de manera clara la influencia de Platón y Aristóteles (Pareles, 2005), para quienes la razón constituía igualmente un atributo esencial y definitorio de la naturaleza del ser humano. Ambos pensadores griegos consideraban que la racionalidad no solo distinguía al ser humano de otras formas de vida, sino que también orientaba su capacidad de conocer y comprender el mundo. Kant reelabora estas ideas al situar la razón en el centro de su filosofía trascendental, donde la misma no solo es un instrumento para conocer el mundo, sino la facultad que establece las condiciones mismas para que el conocimiento y la comprensión sean posibles.

Para comprender cabalmente el aporte de Kant a la interrelación entre el lenguaje, el significado y la comprensión, es necesario situar su pensamiento en el contexto de los filósofos que lo precedieron. En la medida en que Kant establece que las estructuras trascendentales de la mente condicionan la experiencia, también puede interpretarse que el lenguaje, como medio a través del cual se expresan y articulan esas experiencias, está igualmente sujeto a estas estructuras. Por lo tanto, el análisis kantiano de la razón y el entendimiento facilita una comprensión de la relación entre lenguaje y significado desde una perspectiva que trasciende el mero empirismo y sitúa al sujeto cognoscente en el centro del proceso de construcción del conocimiento. En este sentido, resulta fundamental subrayar la influencia de pensadores griegos como Platón y Aristóteles, cuyas ideas Kant reelaboró dentro de su propio sistema trascendental. Esta reconfiguración no solo examina de manera crítica el legado de estos filósofos, además ofrece una transformación de sus postulados en el marco de la crítica del conocimiento.

Durante el siglo XX, los estudiosos de Kant mostraron un renovado interés en la influencia de Platón sobre la filosofía kantiana, especialmente a través de una reconsideración de la teoría platónica de las *Ideas*. Platón (trad. en 2011) postulaba la existencia de formas ideales, inmutables y trascendentes que trascienden el mundo sensible, una concepción que, reinterpretada dentro del marco del kantismo, facilitó lo que algunos han descrito como un

“cambio profundo desde una metafísica teológicamente determinada”, cuyo punto de partida es Dios [sic.] “a una filosofía que procede fundamentalmente de la conciencia finita [...] de la experiencia y del esfuerzo y comprensión humanos”. (Heimsoeth, cit. en Costa, 2024: 20)

No obstante, Kant va a tomar una clara distancia respecto al componente místico que se encuentra presente en la filosofía de Platón, considerando imprescindible su eliminación para una correcta fundamentación filosófica (Heimsoeth, 1965). Cabe destacar que la interpretación kantiana de este elemento del pensamiento platónico está profundamente influida por tradiciones tardo-antiguas, medievales y modernas, que con frecuencia se desvían de la literalidad de los diálogos originales, presentando una visión que no siempre refleja con exactitud las intenciones originales de Platón. Además, es relevante señalar que Kant no tuvo un contacto directo con los diálogos de Platón. Según Gerhard Mollowitz (1935), Kant había extraído prácticamente todas sus referencias sobre Platón y su filosofía de la *Historia crítica* de Johann Jakob Brucker, lo que evidencia que su comprensión del pensamiento platónico se basaba más en fuentes secundarias que en un estudio exhaustivo de los textos originales. Este distanciamiento se refleja en su reformulación trascendental: mientras que Platón concibió las *Ideas* como entidades trascendentes, independientes del mundo sensible, Kant las reinterpretó como condiciones *a priori* que estructuran la experiencia del mundo. La trascendencia platónica, bajo esta perspectiva kantiana, deja de ser una realidad objetiva separada y se transforma en principios formales internos al sujeto cognoscente. Así, lo que en Platón era una verdad ontológica externa, en Kant se convierte en una

función trascendental que determina cómo se organiza y comprende el conocimiento humano. Esta transformación es central para entender el *giro copernicano* de Kant, en el cual el conocimiento ya no es una mera recepción de realidades exteriores, sino una construcción activa que se basa en los marcos *a priori* de la razón humana.

La noción platónica de estructuras universales influyó profundamente en Kant, aunque con diferencias fundamentales que marcan una ruptura epistemológica significativa. Mientras que en Platón (trad. en 2011) las *Ideas* existen en un dominio independiente, objetivo y eterno, Kant (1781/2006) reinterpreta estas estructuras como categorías trascendentales, es decir, formas *a priori* del entendimiento que no tienen una existencia extramental, sino que constituyen condiciones necesarias para organizar y estructurar la experiencia del mundo sensible. Esta transformación kantiana implica una crítica radical al idealismo ontológico de Platón, donde las *Ideas* eran entidades a las que el alma accedía mediante un conocimiento que trascendía lo sensible. En Kant, por el contrario, el conocimiento no surge de una experiencia inmediata con realidades trascendentes, sino que es el resultado de la interacción entre las impresiones sensibles y las estructuras *a priori* de la mente.

Esta reelaboración es clave para entender el llamado *giro copernicano* en la epistemología kantiana: el sujeto no es simplemente un receptor pasivo de información del mundo externo, sino un agente activo que configura y organiza la realidad percibida a través de las categorías trascendentales. A diferencia del realismo metafísico de Platón, Kant afirma que estos principios universales no son entidades independientes, sino marcos cognitivos que hacen posible y condicionan el conocimiento humano. Así, la mente humana se presenta no como una ventana hacia un mundo de *Ideas* inmutables, sino como la estructura activa que determina cómo se presenta y se comprende la realidad fenoménica.

En este contexto, Kant desplaza la trascendencia platónica desde el ámbito ontológico hacia el epistemológico, situando los principios formales no en un mundo trascendente de *Ideas*, sino dentro del propio sujeto cognoscente. Esta transformación tiene implicaciones profundas no solo para la naturaleza del conocimiento, sino también para la relación entre lenguaje, significado y comprensión. Al reinterpretar los principios universales como categorías trascendentales, Kant (1781/2006) introduce un marco donde la mente humana no simplemente refleja o accede a una realidad externa preexistente, sino que constituye activamente la estructura de esa realidad a través de sus propias condiciones internas.

Es así como el lenguaje, en este esquema que se presenta reformulado, ya no es un simple medio para describir un mundo objetivo, sino una herramienta que refleja la manera en que la mente organiza y da forma a la experiencia sensible. El significado, por tanto, no se basa en una

correspondencia directa entre las palabras y las *Ideas* trascendentes platónicas, sino que surge dentro del marco estructural que la mente impone sobre el mundo. El lenguaje es, entonces, una representación de cómo el sujeto cognoscente articula su comprensión de la realidad, condicionado por las categorías que hacen posible el conocimiento.

De este modo, Kant redefine la comprensión como un proceso en el que el sujeto juega un papel constitutivo, y el lenguaje se convierte en el reflejo de esa actividad estructurante (Chaves Montero, 2018). La relación entre el lenguaje y el significado no es estática, sino dinámica, en tanto ambos dependen de las categorías trascendentales que organizan la experiencia. De esta manera, Kant no solo elimina la separación entre el mundo de las *Ideas* y la experiencia sensible, sino que también ofrece un nuevo marco conceptual para entender cómo el lenguaje no solo refleja, sino que articula y expresa las condiciones necesarias para que el conocimiento sea posible. Esta reformulación sitúa al lenguaje como una herramienta fundamental que revela las estructuras *a priori* de la mente, permitiendo una comprensión más profunda de cómo el significado se genera en el proceso de conocimiento humano (Labrador Montero, 2018).

Por su parte, Aristóteles proporcionó un marco lógico y categorial que influyó profundamente en Kant. Para Aristóteles, lo dado eran los entes reales que, al ser presentados a la receptividad de los sentidos, permitían al ser humano percibir sus imágenes. El intelecto (*nous*) actuaba sobre estas imágenes, despojándolas de sus particulares caracteres sensibles y permitiendo intuir la esencia de los objetos, lo que generaba el concepto (Filippi, 2022). Esta actividad intelectual no añadía información externa, sino que desentrañaba la estructura inteligible inherente a lo real a partir de lo sensible, revelando su esencia.

Kant, sin embargo, dio un giro radical a esta concepción. Mientras que las categorías aristotélicas describen propiedades inherentes a los objetos del mundo, Kant las reinterpreto como condiciones *a priori* del entendimiento. Es decir, para Kant, las categorías no describen lo que los objetos son en sí mismos, sino cómo la mente humana organiza la experiencia sensible de dichos objetos. De este modo, lo que Aristóteles entendía como una actividad que extraía la esencia de lo real, Kant lo reformuló como un proceso estructurante del sujeto cognoscente. El foco se desplaza, entonces, del objeto hacia el sujeto, quien, a través de las formas *a priori* del entendimiento, hace posible cualquier experiencia de conocimiento.

La determinación teórica del concepto de lenguaje en Kant surge de esta misma estructura epistemológica, ya que el lenguaje, al igual que los *conceptos*, se configura en la interrelación entre concepto e intuición. La cuestión central es cómo los *conceptos*, que son categorías generales, pueden adquirir significado. Desde una perspectiva trascendental, esto se logra a través de dos mecanismos: el esquematismo, que relaciona las categorías puras con las intuiciones sensibles

mediante imágenes, y el simbolismo, que permite el uso de *conceptos* en contextos más abstractos o metafóricos.

En este sentido, la *Analítica* propuesta por Kant (1781/2006) muestra que no hay significado trascendental más allá de la posibilidad humana de comprender el mundo a través de sus propias limitaciones perceptivas. En este contexto lo que se denomina significado objetivo puede entenderse más apropiadamente como un significado relativo a la percepción humana, es decir, la manera en que la realidad es organizada por el sujeto para que sea cognoscible. De este modo, el lenguaje, refleja esta estructuración, ya que no se limita a describir una realidad externa, sino que expresa cómo el sujeto se relaciona con el mundo o percibe su entorno.

Cuando Kant aborda el juicio estético en la *Crítica del juicio* (Kant, 1790/2007: 127-307), amplía esta visión, mostrando que, además de los significados objetivos establecidos en la *Crítica de la razón pura* (1781/2006), existen otras formas alternativas de referirse a los objetos desde una perspectiva subjetiva, especialmente a través del juicio del gusto. Sin embargo, esta subjetividad no es arbitraria; al contrario, se fundamenta en la aspiración a un acuerdo común sobre los juicios estéticos, donde el lenguaje del arte y el gusto comunica perspectivas que aspiran a una validación compartida entre diferentes sujetos. La *Analítica de lo bello* en Kant ofrece un marco útil para entender la diversidad lingüística no desde una lógica rígida, sino desde un enfoque reflexivo, que no impone conceptos de manera fija, sino que permite una contemplación en la que el entendimiento asume un rol evaluativo y exploratorio, en lugar de imponer normas, es decir, no opera de manera reguladora, sino evaluativa (crítica) y exploratoria (experimental) (Leserre, 2005). En este contexto, el lenguaje, entendido como símbolo, invita a la reflexión. Desde la visión kantiana sobre el idealismo trascendental, el lenguaje no se limita a expresar significados fijos del mundo objetivo, sino que deja abierta la oportunidad de ir más allá de sus limitaciones. Es decir, el lenguaje también puede funcionar como un símbolo que apunta hacia lo inexpresable, lo que sugiere que su función no se agota en la simple descripción de la realidad fenoménica, sino que también testimonia aquello que está más allá del significado ordinario, evocando una dimensión de lo trascendental que no puede ser plenamente capturada por las categorías del entendimiento.

Estas categorías kantianas no describen el ser de las cosas en sí mismas, sino que organizan la experiencia, configurando el modo en que los fenómenos se presentan. Según lo que Kant denomina su *giro copernicano* en la filosofía (Kant, 1781/2006: 20), la pregunta por la validez del conocimiento y la moralidad no puede remitirse a una realidad externa o independiente, sino que se ancla en la estructura *a priori* de la conciencia del sujeto. Esta estructura, que Kant califica de trascendental, es la que permite distinguir entre lo correcto e incorrecto, no solo en el ámbito del conocimiento, sino también en el ámbito moral. La validez de las afirmaciones, por tanto, no radica

en la correspondencia directa con el mundo externo, sino en la coherencia con las condiciones *a priori* que posibilitan cualquier conocimiento (Torrallba, 2011).

Este *giro copernicano* desplaza la fuente del orden cognitivo desde el mundo externo hacia la estructura de la mente, implicando que la experiencia no es un proceso pasivo de recepción de datos, sino una actividad dinámica de construcción por parte del entendimiento humano. Kant cuestionó la figura tradicional del sujeto como espectador pasivo de experiencias y lo reposicionó más bien como agente que contribuye activamente en la estructuración y formulación del conocimiento. En continuidad con la metáfora astronómica, podría decirse que, con su nuevo plano cósmico del saber (Charpenel, 2024). En este marco, el lenguaje juega un papel crucial, ya que no se limita a describir lo dado, sino que actúa como un medio para articular y expresar estas condiciones trascendentales. El significado, por lo tanto, no se encuentra en el objeto en sí, sino en la forma en que la mente organiza la experiencia y la expresa a través del lenguaje. Esto subraya cómo el lenguaje no solo transmite conocimiento, sino que también participa en la construcción del mismo, reflejando las estructuras *a priori* que permiten la comprensión.

La relación entre el lenguaje y la experiencia, en este marco kantiano, adquiere una relevancia crucial. Kant no considera al lenguaje como un simple espejo del mundo exterior, sino como una expresión directa de las estructuras *a priori* que organizan la percepción. De esta manera, y tomando en cuenta lo anterior mencionado, se puede decir que el lenguaje no solo comunica pensamientos, sino que también interviene de manera activa en la configuración de la experiencia misma, actuando como una herramienta cognitiva que mediatiza la comprensión del mundo (Benzi Zenteno y Soto Herrera, 2006). Esta afirmación sugiere que el lenguaje, al igual que las categorías trascendentales, no describe lo dado en sí mismo, sino que articula las condiciones de posibilidad para que el conocimiento y la comprensión sean posibles. Así, el lenguaje, lejos de ser un mero vehículo de transmisión, se convierte en una manifestación de las formas trascendentales de la mente humana, permitiendo que el sujeto cognoscente estructure y comprenda su relación con la realidad.

Este desarrollo del lenguaje como una herramienta constitutiva del conocimiento se integra con el *giro copernicano* de Kant, donde la experiencia no es un proceso pasivo de recepción de datos, sino una construcción activa por parte de la mente. En este sentido, el lenguaje no solo refleja el mundo, sino que lo constituye dentro de los límites de la capacidad de entendimiento, conectando así la experiencia sensible con los principios universales que permiten la comunicación y la comprensión intersubjetiva.

Este enfoque reitera cómo el lenguaje y el significado son, para Kant, piezas clave en el proceso de comprender no solo el mundo, sino también las estructuras que posibilitan dicha comprensión.

La obra de David Hume representa un hito fundamental en la historia de la filosofía moderna, en este contexto, representó una influencia decisiva para Kant, particularmente debido a su escepticismo empírico (Calvente, 2022). Este enfoque marca un punto de inflexión en la comprensión del conocimiento y su relación con la experiencia. Hume sostenía que todo conocimiento humano tiene su origen en las impresiones sensibles y que conceptos como la causalidad no pueden ser extraídos directamente de la experiencia, sino que son el resultado de hábitos mentales formados a partir de ella (Martínez Zepeda, 2019). En sus escritos, Hume enfatiza la necesidad de reevaluar el proceso intelectual desde una perspectiva empírica, siguiendo una línea de pensamiento inspirada por su contemporáneo Francis Hutcheson, quien había realizado importantes contribuciones en el ámbito de la moral y la estética. La investigación de Hume del conocimiento tiene como objetivo desarrollar una teoría coherente con los avances científicos de su tiempo, planteando que la principal finalidad de su obra es examinar las causas que subyacen a la percepciones e ideas.

La influencia de Hume en Kant es innegable, ya que el filósofo alemán toma en consideración la relación entre las impresiones sensoriales y el conocimiento, integrando elementos del empirismo planteado por Hume en su propia reflexión sobre el lenguaje, el significado y la comprensión. Al desarrollar su filosofía crítica, Kant (1781/2006) se enfrenta a las preguntas planteadas por Hume, reformulando la noción de conocimiento al argumentar que, aunque las impresiones son la base del conocimiento, la mente desempeña un papel activo en la organización y estructuración de esas impresiones a través de categorías trascendentales. De este modo, Kant establece un marco donde la experiencia sensible y la actividad cognitiva se entrelazan, enriqueciendo la comprensión del lenguaje y su función en la constitución del significado. El escepticismo radical de Hume va a despertar a Kant de su *sueño dogmático*, llevándolo a formular su *giro copernicano*: el sujeto no es simplemente un receptor pasivo de las impresiones sensibles, sino que organiza activamente el conocimiento mediante las categorías *a priori* del entendimiento. En este sentido, Hume no solo desafió las nociones previas sobre la causalidad y la relación entre sujeto y objeto, sino que también proporcionó a Kant la plataforma necesaria para establecer su propia teoría del conocimiento, que reconoce la mediación activa del sujeto en la adquisición de la experiencia.

Kant, a diferencia de Hume, reconoce que hay una realidad empírica que actúa como causa directa y exterior de nuestras percepciones sensibles, a pesar de que no podamos conocer la realidad tal como es en sí, sino tal como se aparece a nuestras facultades cognoscitivas. Como Kant lo señala en la cita, nuestras facultades construyen representaciones de esas cosas que están fuera de nosotros. Por lo tanto, lo que conocemos no son las cosas mismas (realidad trascendental) sino representaciones mentales de los fenómenos (realidad empírica). Estas están, por ello, circunscriptas a lo que se nos manifiesta en la experiencia que es posible según las condiciones *a priori* que tiene el sujeto trascendental. (Calvente, 2022: 237)

René Descartes también desempeñó un papel fundamental en la formación del pensamiento kantiano (Placencia, 2017), especialmente en su énfasis en la certeza de la existencia propia según la fórmula *pienso, luego existo* y el método de la duda. Sin embargo, Kant se distanció de la idea cartesiana de que el conocimiento podría obtenerse exclusivamente a través de ideas innatas, sin referencia a la experiencia. En su lugar, propuso una síntesis entre el empirismo de Hume y el racionalismo de Descartes, sosteniendo que el conocimiento solo es posible a través de la interacción entre la experiencia empírica y las formas *a priori* del entendimiento (Peláez Cedrés, 2007). Esta perspectiva resalta no solo el papel de la mente en la creación del conocimiento y del significado, sino que también ofrece un nuevo marco para explorar la relación entre lenguaje y experiencia.

La genealogía filosófica que subyace al pensamiento kantiano no solo ilumina sus antecedentes, sino que también revela la manera en que su reconfiguración de las categorías trascendentales ofrece un marco innovador para abordar la interrelación entre lenguaje, significado y comprensión, un tema de crucial relevancia en la filosofía contemporánea. Este análisis pone de manifiesto que, si la mente estructura la experiencia, el lenguaje debería reflejar estas estructuras. De esta forma, el lenguaje trasciende su rol como mera descripción de la realidad externa; se convierte en una representación organizada que articula cómo la mente humana procesa el mundo.

Kant, al desarrollar esta relación, proporciona una base para entender el lenguaje como una construcción activa, profundamente arraigada en las condiciones trascendentales que configuran la experiencia. En este sentido, el lenguaje no solo actúa como un vehículo de comunicación, sino que también se convierte en un medio a través del cual se revela la estructura misma del pensamiento. Este enfoque plantea implicaciones importantes para el estudio del lenguaje en la filosofía, sugiriendo que el significado no se limita a la referencia a objetos externos, sino que se relaciona esencialmente con las estructuras mentales que configuran la percepción del mundo.

Por tanto, el estudio del lenguaje emerge como un campo de investigación fundamental para desentrañar la naturaleza del conocimiento y la manera en que se articula la comprensión humana. A través de esta reconstrucción del pensamiento kantiano, surge una oportunidad para la interacción entre el pensamiento filosófico actual y los estudios del lenguaje. Este diálogo facilita un análisis detallado de cómo se relacionan el lenguaje, el significado y la comprensión en la experiencia humana, destacando la relevancia de la lingüística en la configuración del entendimiento filosófico.

El significado como síntesis trascendental

En su obra fundamental *Crítica de la razón pura* (1781/2006), Kant introduce el concepto de la *síntesis trascendental*, que constituye un proceso esencial mediante el cual la mente organiza la

multiplicidad de percepciones en una unidad coherente. Esta noción es esencial para comprender la naturaleza del conocimiento, ya que desafía la concepción tradicional del lenguaje como una simple correspondencia entre signos y objetos. En lugar de ser meras etiquetas que representan realidades externas, las palabras adquieren significado a través de una síntesis activa en la cual el sujeto que conoce desempeña un rol fundamental.

Kant sostiene que esta actividad sintética es lo que permite a los individuos formar enunciados coherentes a partir de elementos separados, configurando así una experiencia comprensible del mundo. La síntesis trascendental, por ende, no solo organiza las percepciones sensoriales, sino que también da forma al significado de las palabras, transformando el lenguaje en una herramienta clave para construir el conocimiento. Este enfoque implica que el significado no es un atributo inherente a los signos, sino el resultado de una relación activa entre las categorías mentales y las experiencias percibidas.

Así, la obra de Kant, invita a reconsiderar el lenguaje como un fenómeno activo y constructivo, donde la mente no es un mero receptáculo de información, sino un agente que participa en la creación de significado (Álvarez Ramírez, 2015). Esta perspectiva kantiana ofrece un marco teórico que no solo ilumina la estructura del lenguaje, sino que también enriquece el debate contemporáneo sobre la relación entre significado, interpretación y la experiencia humana, abriendo nuevas vías para la investigación en filosofía del lenguaje y epistemología.

En la semántica moderna, filósofos como Donald Davidson retoman la noción kantiana de que el significado no es algo fijo o inherente a las palabras, sino que surge de la interacción activa entre los usuarios del lenguaje (Curcó Cobos, 2006). Este enfoque permite explorar la relación entre lenguaje, significado y comprensión, proponiendo que el significado se construye a partir de una dinámica social y contextual. Davidson elabora una teoría constructiva del significado, articulada en teoremas de la forma *s es verdadera si y solo si p*, donde *s* representa una descripción de la oración en el lenguaje objeto cuyo significado se desea establecer, y *p* corresponde a una afirmación del metalenguaje que proporciona las condiciones de verdad para *s* (Rojas Parada, 2008). Este planteamiento se alinea con la tradición wittgensteiniana, que subraya la importancia de la práctica lingüística en la determinación del significado, destacando que el uso del lenguaje en contextos específicos moldea la comprensión del mundo.

Kant, en su obra *Crítica de la razón pura* (1781/2006), describe el espacio y el tiempo como las condiciones trascendentales *a priori* de toda experiencia sensible. Esto implica que no son propiedades del mundo exterior, sino modos en los que la mente organiza la percepción. Esta idea tiene profundas implicaciones para el lenguaje, ya que muchas de las expresiones lingüísticas están estructuradas en torno a estas dimensiones fundamentales. Filósofos posteriores, como Ernst Cassirer, desarrollaron esta noción al proponer que el lenguaje y los símbolos son las formas en que

la humanidad organiza la experiencia del mundo. Para Cassirer, quien se inspiró en el idealismo trascendental de Kant, el lenguaje no solo refleja el mundo externo, sino que lo construye mediante la mediación de formas simbólicas. Así, expresiones lingüísticas como *en el futuro* o *por encima de* no solo describen posiciones o momentos; son proyecciones de cómo la mente organiza las experiencias según estas formas *a priori*.

Además, esta concepción de la mente se inscribe en una visión de la racionalidad que, en principio, no contradice las tesis causales de corte humeano, comprometidas con una fuerte concepción *materialista* de la causalidad. Davidson, a pesar de su crítica a la noción de categorías universales, se apoya en la idea kantiana de que el significado lingüístico es dinámico y depende de la capacidad de los individuos para generar coherencia en sus experiencias lingüísticas (Crespo Ortiz, 2000). Esta perspectiva también invita a reflexionar sobre el papel de la comunidad en la construcción del significado, sugiriendo que el contexto social y cultural en el que se produce el lenguaje es crucial para su interpretación. Así, la conexión entre lenguaje y pensamiento se hace evidente en la manera en que las experiencias compartidas influyen en la capacidad humana para comunicar y comprender significados.

Por lo tanto, el presente estudio ha buscado profundizar en esta interrelación entre lenguaje, significado y comprensión, mostrando cómo la construcción del significado no solo se fundamenta en estructuras fijas, sino que emerge de la interacción social y cognitiva en la que se inscriben los sujetos. Este análisis pretende no solo contribuir a una comprensión más rica del significado lingüístico, sino que también busca abrir un camino para futuras investigaciones sobre cómo estas dinámicas pueden informar la comprensión del lenguaje en contextos contemporáneos. Al explorar estas relaciones, se plantea la necesidad de reconsiderar las teorías semánticas actuales y su aplicabilidad en el ámbito de la comunicación, la educación y otras áreas del conocimiento donde el lenguaje juega un papel central en la construcción de la realidad.

Conclusión: Kant y la construcción del significado lingüístico

A lo largo de este estudio, se han explorado las ideas kantianas sobre la relación entre el lenguaje, el significado y la comprensión, destacando la importancia del sujeto como un agente activo en la construcción de la experiencia. Kant, al reformular las bases establecidas por filósofos como Platón y Aristóteles, establece que el lenguaje no es meramente un reflejo del mundo externo; es, en cambio, una manifestación de las estructuras cognitivas que organizan la percepción del entorno.

La noción de la *síntesis trascendental* es central en el argumento kantiano, indicando que el significado lingüístico no es algo fijo, sino que emerge de la interacción activa de la mente que opera bajo las formas *a priori* del espacio y el tiempo. Esta perspectiva invita a reconsiderar el lenguaje no solo como un sistema de signos, sino como una herramienta fundamental para comprender la

experiencia humana. A través de este enfoque, se revela que el lenguaje es un medio que estructura y organiza las percepciones, otorgando sentido a la realidad experimentada. Además, el análisis kantiano sugiere que el proceso de significación está intrínsecamente ligado a la capacidad humana de sintetizar experiencias dispares, lo que subraya la importancia de la actividad cognitiva en la construcción del significado. Este entendimiento abre un espacio para la exploración de cómo las estructuras mentales configuran no solo el lenguaje, sino también la relación con el mundo en su totalidad.

Si bien Kant no ofrece una solución definitiva al problema del significado lingüístico, su filosofía establece un marco fundamental para entender cómo el lenguaje, el pensamiento y la realidad están interrelacionados. La síntesis kantiana, aunque originalmente centrada en el ámbito del conocimiento, se convierte aquí en una herramienta que permite al sujeto hacer inteligible el lenguaje a través de su experiencia, integrando lo subjetivo con lo intersubjetivo en la práctica del lenguaje. Esta articulación de premisas permite abrir un camino para futuras investigaciones sobre cómo las categorías de la mente influyen en la capacidad para generar y compartir significado, lo que invita a un análisis más profundo de la semántica y la pragmática del lenguaje. En este sentido la importancia de los conceptos en la obra kantiana se revela crucial, ya que no solo definen la estructura de la experiencia, sino que también posibilitan la configuración del significado. Además, este enfoque kantiano invita a reconsiderar el papel del sujeto en la creación del significado, situando al agente cognitivo como un actor activo en la construcción de la realidad lingüística. En consecuencia, se genera un diálogo fértil con corrientes filosóficas contemporáneas, que abordan la intersubjetividad y la comunicación como factores críticos en la configuración del significado, también se conecta con concepciones centrales de en la filosofía del lenguaje, como las propuestas por Wittgenstein, que destacan la función pragmática del lenguaje en la acción y en la construcción de significados compartidos dentro de contextos sociales. Kant sugiere que el lenguaje, lejos de ser un mero reflejo pasivo de una realidad externa, está profundamente entrelazado con las estructuras cognitivas y con la forma en que los sujetos organizan el mundo. Así, el legado de Kant no solo enriquece la teoría del lenguaje, sino que también proporciona un sustento teórico para explorar cómo la comprensión se articula en el contexto de las dinámicas sociales y culturales.

Las contribuciones de filósofos posteriores, como Cassirer, Wittgenstein y Habermas, enriquecen este diálogo al ofrecer perspectivas adicionales que complementan y amplían las ideas kantianas sobre el significado. Cassirer, por ejemplo, argumenta que el lenguaje y los símbolos son esenciales para organizar la experiencia del mundo, mientras que Wittgenstein enfatiza la naturaleza contextual y dinámica del significado en su obra. Por su parte, Habermas pone énfasis en la comunicación intersubjetiva, lo que resalta el papel crucial que juega el diálogo en la construcción del significado, estas visiones amplían la evidencia de que el significado no se construye únicamente a través de estructuras cognitivas, sino también mediante prácticas lingüísticas

compartidas y contextos culturales, complementando así la concepción kantiana de un sujeto activo en la construcción del significado.

En este marco, la integración entre lo subjetivo y lo intersubjetivo se vuelve crucial. No se trata simplemente de un proceso unidireccional en el que el sujeto impone sus categorías al mundo, sino de un proceso dialéctico en el que las categorías mentales se aplican y se reformulan constantemente en función del contexto y de la práctica compartida. Este enfoque resuena con el modelo filosófico de Wittgenstein y la teoría de los actos de habla de Austin, en los cuales el significado se construye no solo a partir de las intenciones del hablante, sino también a través de las convenciones sociales y los contextos comunicativos en los que se enmarca el lenguaje. Así, el significado no se limita a un fenómeno aislado, sino que se encuentra profundamente entrelazado con las dinámicas sociales y culturales, que juegan un papel fundamental en la creación de sentido.

Se puede considerar que las categorías kantianas funcionan como un *marco descriptivo* necesario para la interpretación de la realidad, que permite el surgimiento de significados lingüísticos específicos y estructurados. El significado de estos conceptos no es algo abstracto ni puramente interno, sino que se valida en la práctica y el uso contextual del lenguaje en la vida cotidiana. Este enfoque permite que el significado emerja no solo de las estructuras cognitivas, sino de su aplicación en situaciones concretas de interacción entre los sujetos, lo que refuerza la importancia de lo intersubjetivo en la construcción del sentido. Es en el uso del lenguaje, en la práctica lingüística, donde las categorías kantianas cobran vida y adquieren su relevancia, funcionando como herramientas dinámicas que el sujeto utiliza para organizar y compartir su experiencia.

En última instancia, las ideas de Kant proporcionan herramientas conceptuales valiosas para analizar la compleja relación entre el lenguaje y la comprensión en el contexto de la filosofía contemporánea. Al comprender el lenguaje no como un simple reflejo de la realidad, sino como un medio que organiza y constituye la experiencia humana, Kant proporciona las herramientas necesarias para abordar cuestiones fundamentales sobre la naturaleza del significado, la interpretación y el papel del sujeto en la comunicación. Esta perspectiva abre nuevas vías para reflexionar sobre cómo los seres humanos construyen el sentido en su interacción con el mundo y con otros, invitando a futuras investigaciones que exploren cómo las estructuras mentales del sujeto no solo configuran el lenguaje, sino que también dan forma a la realidad compartida. **P**

Bibliografía

ÁLVAREZ RAMÍREZ, William (2015). “Las formas de la imaginación en Kant”. *Praxis Filosófica*. N° 40. <https://doi.org/10.25100/pfilosofica.voi40.3011>.

ARRIVÉ, Michel (2017). *En busca de Ferdinand de Saussure*. Siglo Veintiuno Editores.

AUSTIN, John Langshaw (2018). *Cómo hacer cosas con palabras*. Carrió, Genaro y Rabossi, Eduardo (Trad.). Paidós.

BENZI ZENTENO, Ives y SOTO HERRERA, Cristián (2006). “Teoría Kantiana de la actividad mental: Algunos problemas desde la ciencia cognitiva”. *Revista de Filosofía*. Vol. 62. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-43602006000100003>.

CALVENTE, Sofía Beatriz (2022). “Hume y Kant en torno al conocimiento, la causalidad y el escepticismo”. En Manzo, Silvia (Coord.). *Filósofas y filósofos de la modernidad*. Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (EDULP).

CASSIRER, Ernst 1923 (2016). *Filosofía de las formas simbólicas: El lenguaje*. Morones, Armando (Trad.). Fondo de cultura económica.

CHARPENEL, Eduardo (2024). “La filosofía kantiana de la religión. una revisión y una valoración”. *Estudios*, XXII. N° 149. <http://dx.doi.org/10.5347/01856383.0149.000312965>.

CHAVES-MONTERO, Alfonso y GADEA AIELLO, Walter Federico (2018). “La relación sujeto-objeto en la concepción kantiana de la ciencia”. *Sophia, colección de Filosofía de la Educación*. Vol. 25, N° 2. <https://www.redalyc.org/journal/4418/441855948003/html/>.

COSTA, Ivana (2024). “El Platón de Kant”. *Siglo Dieciocho*. N° 5.

CRESPO ORTIZ, Juan Francisco (2000). “La teoría de la identidad en Davidson, la idea de la libertad en Kant, y la posibilidad de una neurociencia entendida como fundamentación de las ciencias de lo mental”. *Saga - Revista de Estudiantes de Filosofía*. Vol. 1, N° 1. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/28917>.

CURCÓ COBOS, Felipe (2006). “Donald Davidson y el argumento de la conexión”. *Astrolabio. Revista internacional de filosofía*. N° 3. <https://www.raco.cat/index.php/Astrolabio/article/view/197527>.

FILIPPI, Silvana (2022). “El conocimiento en Kant. Confrontaciones con Aristóteles”. *Estudios Filosóficos*. Vol. 38, N° 107. <https://estudiosfilosoficos.dominicos.org/ojs/article/view/679>.

GARCÍA, Judith (2021). "Notas sobre el concepto de "juegos del lenguaje", en las investigaciones lógicas de Ludwig Wittgenstein". *Humanitas Digital*. N° 22. <https://humanitas.uanl.mx/index.php/ah/article/view/1238>.

HABERMAS, Jürgen (1993). *El discurso filosófico de la modernidad*. Jiménez Redondo, Manuel (Trad.). Taurus.

HABERMAS, Jürgen (2023). *Facticidad y validez: Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Jiménez Redondo, Manuel (Trad.). Trotta.

HABERMAS, Jürgen (2023). *Teoría de la acción comunicativa: I. Racionalidad de la acción y racionalización social. II. Crítica de la razón funcionalista*. Jiménez Redondo, Manuel (Trad.). Trotta.

HABERMAS, Jürgen y HUSSERL, Edmund (1995). *Conocimiento e interés / La filosofía en la crisis de la humanidad europea*. Jiménez Redondo, Manuel y Baader, Peter (Trads.). Publicacions de la Universitat de València.

HEIMSOETH, Heinz (1965). "Kant und Platon". *Kant Studien*. N° 56.

KANT, Immanuel 1781 (2006). *Crítica de la razón pura*. Ribas, Pedro (Trad.). Taurus.

KANT, Immanuel 1790 (2007). *Crítica del juicio*. García Morente, Manuel (Trad.). Austral.

KANT, Immanuel 1798 (2010). *Antropología en sentido pragmático*. Caimi, Mario (Trad.). Losada.

LABRADOR MONTERO, Daniel (2018). "Sobre la división de la razón en Kant: la ruptura con el sistema de racionalidad absoluta". *Revista de humanidades de Valparaíso*. N° 11. <https://dx.doi.org/10.22370/rhv.2018.11.854>.

LESERRE, Daniel (2005). "Lenguaje y símbolo: el 59 de la Crítica de la facultad de juzgar en Verdad y método". *Éndoxa*. N° 20. <http://dx.doi.org/10.5944/endoxa.20.2005.5143>.

LESERRE, Daniel (2017). *La filosofía del lenguaje en Kant*. Sitio web: <https://www.teseo-press.com/1lafilosofiadelo>.

LESERRE, Daniel (2019). "Razón, acción y lenguaje en la interpretación actual de Kant". *Philosophia*. Vol. 79, N°2. Sitio web: <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/philosophia/article/view/2813>.

MARTÍNEZ ZEPEDA, Jean (2019). “El conocimiento como sistema en el Tratado de la naturaleza de David Hume”. *Revista de filosofía*. N° 76. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-43602019000200093>.

MOLLOWITZ, Gerhard (1935). “Kants Platoauffassung” [Concepción kantiana de Platón]. *Kant Studien*. Tomo 40. <https://doi.org/10.1515/kant.1935.40.1-2.13>.

NAKANO, Hirota. (2008). “La distinción kantiana entre la forma de la intuición y la intuición formal”. *Signos filosóficos*. Vol. 10, N° 19.

PARELES, Argenis (2005). “Kant Versus Kant, No Aristóteles frente a Kant”. *EPISTEME*. Vol. 25, N° 2. Sitio web: http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0798-43242005000200002&lng=es&tlng=es.

PELÁEZ CEDRÉS, Álvaro (2007). “Kant, el empirismo mínimo y el tribunal de la experiencia”. *Tópicos*. N° 33. <https://doi.org/10.21555/top.v33i1.160>.

PELÁEZ CEDRÉS, Álvaro (2009). “La existencia del mundo exterior. Un estudio sobre la refutación kantiana del idealismo”. *Signos filosóficos*. Vol. 11, N° 22. <https://signosfilosoficos.izt.uam.mx/index.php/SF/article/view/422>.

PLACENCIA, Luis (2017). “Descartes y Kant sobre la conciencia. Observaciones sobre un olvidado punto de contacto sistemático entre Kant y Descartes”. *CON-TEXTOS KANTIANOS. International Journal of Philosophy*. N° 5. <https://doi.org/10.5281/zenodo.805946>.

PLATÓN (2011). “República”. En *Diálogos*. Eggers Lan, Conrado (Trad.). Gredos. Vol. 2.

ROJAS PARADA, Pedro (2008). “Observaciones sobre la teoría del significado de Donald Davidson”. *LOGOS. Anales del Seminario de Metafísica*. N°41. Sitio web: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2952325>.

SAUSSURE, Ferdinand de 1916 (1998). *Curso de lingüística general*. Armiño, Mauro (Trad.). Fontamara.

SEARLE, John Rogers (2017). *Actos de habla*. Valdés Villanueva, Luis Manuel (Trad.). Cátedra.

STEPANENKO GUTIÉRREZ, Pedro (2008). *Unidad de la conciencia y objetividad: ensayos sobre autoconciencia, subjetividad y escepticismo en Kant*. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Filosóficas.

TOMASINI BASSOLS, Alejandro (2005). *Lenguaje y anti-metafísica. Cavilaciones wittgensteinianas*. Plaza y Valdés Editores.

TORRALBA, José María (2011). “La teoría kantiana de la acción: De la noción de máxima como regla autoimpuesta a la descripción de la acción”. *Tópicos*. N° 41. <https://doi.org/10.21555/top.v41i1.74>.

VIVAS HERRERA, Jonathan Arturo (2016). “¿Por qué el estudio del lenguaje es fundamental para la cognición?”. *Sophia, Colección de Filosofía de la Educación*. N° 20. <https://doi.org/10.17163/soph.n20.2016.02>.

WITTGENSTEIN, Ludwig 1967 (1979). *Zettel*. Castro, Octavio y Moulines, Carlos Ulises (Trads.). Universidad Nacional Autónoma de México.

WITTGENSTEIN, Ludwig 1953 (2017). *Investigaciones filosóficas*. Moulines, Carlos Ulises (Trad.). Universidad Nacional Autónoma de México.



Acceso Abierto. Este artículo está amparado por la licencia de Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Ver copia de la licencia en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>